

El arte de dar clase (según un lingüista) de Daniel Cassany

María Isabel Tumi Guzmán (*)

<http://orcid.org/0000-0002-0237-8942>

Se enseña a escribir en todas las etapas de la vida. Lo sabemos los docentes y más aún quienes contribuimos a la formación de comunicadores. Sabemos también que redactar no es una tarea simple, requiere organizar el pensamiento para expresar ideas en forma correcta, apropiada y coherente.

Por eso, el catedrático español Daniel Cassany considera ingenuas las afirmaciones tanto de sus colegas, que se quejan de que en secundaria no se enseña a escribir y los alumnos llegan a la universidad con deficiencias, como de los docentes de secundaria, que alegan que los estudiantes arrastran lagunas de primaria.

Siempre estamos aprendiendo a escribir nuevos géneros, asegura Cassany (2001) en su más reciente libro *El arte de dar clase (según un lingüista)*, Barcelona: Anagrama. “Escribir, remarca, es un verbo transitivo, que varía en cada nivel, disciplina y contexto. Es una destreza dinámica, que evoluciona con el tiempo” (p. 162).

El investigador en comunicación escrita, que nos ha dado innumerables lecciones sobre redacción en *Describir el escribir* (1987), *La cocina de la escritura* (1993), *Construir la escritura* (1999), entre otros textos, esta vez ha querido ofrecer una visión de la clase como lingüista, una perspectiva que enfatiza la lengua.

Se dirige no solo a los docentes de lengua, sino a todos quienes saben que la lengua es una herramienta básica del aprendizaje, cualquiera sea la materia que enseñen, porque para él todo maestro es maestro de lengua y el saber gestionar la lengua en clase ayudará a cumplir mejor su tarea.

Advierte que vivimos en nuevos contextos comunicativos y hay que adaptar nuestros objetivos de aprendizaje. Por eso incide en la expresión “dar clase” más que “enseñar”. Hoy el alumno es el centro del aula e importa más crear situaciones de aprendizaje que “dar lecciones” o “enseñar”.

Imposible obviar la pandemia de Covid-19 y sus consecuencias en la educación. Se aceleró el proceso natural de digitalización, aumentaron los medios y espacios de consulta pegados virtualmente al aula física. El docente responsable, dice Cassany, asume esta situación y aprovecha esos recursos para mejorar las clases.

¿Cómo combinar la nube y el aula de ladrillo para hacer mejores clases?, se pregunta el filólogo. Nos propone gestionar y orientar tanto el entorno virtual de aprendizaje (plataforma en línea, repositorios, foros, chats) como el entorno personal de aprendizaje (recursos, contactos, medios con los que el alumno se informa).

Admite que el cara a cara sigue siendo el núcleo de la formación, pero reconoce que esos componentes digitales adosados a la clase son cada día más útiles y conviene saber gestionarlos, aprovechar las redes sociales para regular mejor lo que pasa en el aula. Es tarea del docente enseñar

a los alumnos sus posibilidades y limitaciones.

Ya no tiene fundamento una clase en la que el maestro se dirige a los estudiantes y estos lo escuchan sentados y callados. Ahora se requiere participar activamente en situaciones comunicativas, interactuar. En una buena clase el docente habla poco. Lo habitual es dialogar, conversar, escuchar al interlocutor.

Dar clase, remarca Cassany, no significa dar lecciones magistrales, sino planificar actividades para que los estudiantes usen la lengua. “Así, el mejor docente no es el que habla más o mejor, sino el que sabe organizar la clase para que hablen los alumnos con interés del contenido del programa” (p. 26).

Con el estudiante como centro de la clase, nuestro rol es gestionar la dinámica, curar los contenidos o mediar los significados. Nuestra función es seleccionar el material didáctico para crear situaciones de aprendizaje para grupos e individuos concretos. Hablando poco los docentes conseguiremos que los alumnos aprendan más.

En un tono ensayístico, con anécdotas y comentarios personales, el profesor de la Universidad Pompeu Fabra, de Barcelona (España), enfatiza que enseñar es establecer una relación personal con el alumnado. Recomienda crear un ambiente motivador y adaptar el programa a los estudiantes para conectar con sus intereses.

Con conocimiento de causa, asevera que ya no somos el único modelo lingüístico del alumnado o su guía didáctico. Somos un curador (quien elige los mejores recursos) y un mediador (quien los explica). Competimos con las herramientas informáticas y lo que podemos hacer mejor que una máquina es la atención personalizada.

Cassany resalta el papel esencial de los códigos no verbales en la comunicación y en la educación. Menciona la importancia del tiempo, el espacio, el contacto visual, las expresiones faciales y gestos, y la voz. Se trata de herramientas fundamentales para ayudar a comprender, formar lectores y fomentar la participación del alumno.

El mayor énfasis de su libro, el número 17 de su vasta producción, está en la escritura, y, en particular, en sus usos comunicativos y epistémicos: escribir para aprender. Escribir y aprender a escribir es difícil, indica. Agrega que con diez años de escolarización muchos alumnos solo alcanzan una competencia moderada.

Los tres procesos de la composición escrita –planificar, textualizar y revisar– son descritos detalladamente por Cassany, con la precisión de que no son lineales o cronológicos, sino recursivos e interrelacionados. Critica que se confunda enseñar a escribir con enseñar ortografía y pide incidir en la coherencia y la cohesión.

El doctor en didáctica de la lengua se proyecta al futuro y vislumbra una educación híbrida, con una parte en línea y otra cara a cara. Frente a la multiplicación del uso y la relevancia de los espacios virtuales, adelanta este panorama para la escritura:

Espero que así sea la futura tecnología escritora. Confío en que los programas [informáticos] resuelvan cada vez de mejor manera los requerimientos mecánicos de la escritura: los formatos, las convenciones y los estándares. Pero me parece difícil que puedan analizar una audiencia, tomar buenas decisiones argumentales, hallar metáforas sorprendentes o elegir el adjetivo apropiado. Esto tendremos que hacerlo nosotros, los redactores humanos –y es también lo que deberemos enseñar al alumnado–. Las máquinas que se queden con el trabajo sucio e industrial; los humanos reservémonos lo creativo y artesanal. Esperemos que sea así (p. 183).

En ese futuro, con nuevas situaciones comunicativas, escribir seguirá siendo la habilidad lingüística más compleja, ya que en el proceso de composición intervienen nuestras cuatro destrezas básicas: escuchar, hablar, leer, escribir. Por ello, como afirmamos al inicio de este texto: se enseña a escribir en todas las etapas de la vida.

* **Cassany, D.** (2021). *El arte de dar clase (según un lingüista)*. Barcelona: Anagrama.

* **María Isabel Tumi Guzmán.**

Periodista, docente universitaria y ex editora de Control de Calidad del diario El Comercio.
Correo electrónico: isabeltumi@hotmail.com